El doctor Ignacio Felipe Semmelweis fue un benefactor de la humanidad y de las mujeres en particular. Aparece en la historia de la medicina cuando sucedía el más bárbaro genocidio femenino en la civilizada Europa del siglo XIX. La mortalidad materna era tan alta que superaba las pérdidas de vidas masculinas en las numerosas y frecuentes guerras que caracterizaron ese siglo. El Hospicio General de Viena era estatal y atendía a la gente más pobre. Allí acudían a parir las mujeres solteras en su mayor parte y morían en una proporción del 90%. Esta tragedia no llamaba la atención porque desde siempre se ha supuesto que con la muerte en el parto, la mujer pagaba la supuesta culpabilidad atribuida por la religión católica desde los comienzos bíblicos. Semmelweis se preocupa y así lo expresa en una carta a un amigo: "Debo confesarle —dice— que desde siempre la idea de la muerte de mis enfermos me resultó insoportable, sobre todo cuando esa muerte se deslizaba entre las dos grandes alegrías de la existencia, la de ser joven y la de dar la vida".

En el Hospicio General de Viena había dos salas de Obstetricia, la del Doctor Klin y la del doctor Bartch. Cuando Semmelweis es asignado a la sala del doctor Klin y comprueba la terrible realidad de la alta mortalidad de las parturientas se sumerge apasionadamente en la investigación de las causas. El servicio de Bartch era asistido por parteras y el de Klin por los estudiantes de la universidad. En este último la mortalidad era del noventa por ciento, en el pri-

Movimiento feminista

María Elena Oddone

Semmelweis, un médico benefactor

mero del ochenta por ciento. Todas las muertes eran ocasionadas por la fiebre puerperal, una infección. William Harvey, en el siglo XVII fue el primer médico que diseccionó un cuerpo femenino y observó directamente los órganos reproductores. Describió el aspecto del útero después del parto como "una herida abierta", muy absorbente y en extremo vulnerable a la contaminación. Cualquier sustancia orgánica en descomposición que tuviera en las manos el asistente al parto se volvía fatal una vez introducida en la vagina de una mujer que hubiera dado a luz. Pero durante siglos, la enfermedad se consideró una epidemia misteriosa, parte de la maldición de Eva.

A la mayoría de las mujeres pobres que buscaban ayuda obstétrica en la época de Semmelweis se les exigía tener los hijos en los hospitales públicos, tal vez porque se las consideraba material de experimentación y de enseñanza, igual que ahora.

• El descubrimiento

Las pacientes de la sala del médico Klin eran atendidas por comadronas y allí era donde se notaba una incidencia menor de fallecimientos. Las de la sala del médico Bartch lo eran por los estudiantes, inmediatamente después de haber asistido a la clase de patología clínica y de haber realizado autopsias sin lavarse las

manos. Esto no se producía con las comadronas que no llevaban con ellas los gérmenes de los cadáveres que transportaban los estudiantes. La observación de este hecho acercó al doctor Semmelweis al descubrimiento del misterio de las muertes, pero lo que le dio la certeza de que estaba bien encaminado fue la muerte de su amigo el profesor de anatomía Kolletchka como consecuencia de una herida en un dedo que se había producido durante una disección. Así como el tajo en el dedo del profesor había absorbido las partículas cadavéricas y las había trasmitido a la corriente sanguínea, envenenándola mortalmente, así también una mano que estuviera impregnada con estas partículas podía introducirlas en el útero, con resultados fatales.

Cuando Semmelweis decide que ésa es la causa de la infección puerperal y que la única manera de combatirla es desinfectarse las manos y cubrirse la ropa con batas adecuadas, todo el personal médico del hospital de Viena se lanza como una jauría rabiosa contra el médico extranjero a quien acusan de loco. A partir de ese momento la vida de Semmelweis será una batalla permanente, perdida de antemano para convencer a sus colegas de la verdad de su descubrimiento. Es inútil que trate de que los estudiantes se laven las manos con una solución de limo clorinado y

que les demuestre estadísticamente la disminución del número de muertes por el simple hecho de tomarse la molestia de higienizarse. Nadie está dispuesto a escucharle. No importa que las mujeres mueran, el prestigio de los médicos de Viena está en juego y los más eminentes ginecólogos, patólogos y biólogos no quieren poner en discusión sus conocimientos. Sus orgullos profesionales están antes que la vida de las mujeres, ¿acaso no es el destino femenino parir con dolor y ofrecer su vida a cambio de la dicha de ser madre?

Semmelweis colocó lavatorios portátiles ante la puerta de la sala de maternidad y obligó a los estudiantes a lavarse antes de tocar a las mujeres. El resultado fue magnífico. En el mes siguiente la mortalidad por fiebre puerperal se hace casi nula, descendiendo por primera vez. Pero el triunfo atiza los odios y Semmelweis es expulsado del hospital. Regresa a Budapest, la ciudad donde había nacido. El atraso cultural, la guerra y la miseria abaten su espíritu. Se vio obligado a aceptar un puesto en una clínica de maternidad. Allí directamente bajo las ventanas del departamento de obstetricia hay una cloaca abierta, a la cual se arrojan los desechos de la anatomía patológica. Em prende otra vez su lucha contra la estupidez y la maldad arraigadas en el cuerpo

médico. Es nuevamente expulsado. Ningún hospital lo acepta. Su tesis leída en la Academia de Medicina de París no es aprobada. Todas las revistas médicas de Europa se pusieron de acuerdo para desautorizarlo. En los últimos años de su lucidez, porque la locura lo acecha como premio a su genialidad, escribe panfletos que él mismo edita y reparte por las calles de Budapest contra los ginecólogos.

• Carta abierta a todos los profesores de obstetricia

Dice Semmelweis en esta carta: "Asesinos llamo yo a todos los que se oponen a las normas que he prescripto para evitar la fiebre puerperal. Contra ellos me levanto como resuelto adversario, tal como debe uno alzarse contra los partidarios de un crimen. Para mí, no hay otra forma de tratarlos que como asesinos. Y todos los que tengan el corazón en su sitio pensarán como yo. No es necesario cerrar las salas de maternidad para que cesen los desastres que deploramos, sino que conviene echar a los tocólogos, ya que son los que comportan las auténticas epidemias".

Esta carta tiene una actualidad que Semmelweis no hubiera sospechado. Ciento treinta años han transcurrido y podemos afirmar como el

médico húngaro que los ginecólogos y obstetras siguen siendo asesinos. Porque no otra calificación merecen cuando han hecho del parto un acto de cirugía mayor sometiendo a las mujeres a las cesáreas. No otra calificación merecen de asesinos cuando por lamás pequeña afección hacen histerectomía extirpando los órganos de la reproducción, cuando abusan de las drogas para acelerar un trabajo de parto porque así les conviene a ellos por comodidad. Son criminales cuando experimentan en las mujeres lo que se llama fecundación asistida. Cuánta razón tuvo Semmelweis cuando dijo que ellos, los médicos, son la verdadera epidemia.

El odio despertado por la carta a los ginecólogos selló la suerte de Semmelweis.

Pobre y enfermo del alma y del cuerpo, fue perdiendo la razón. Algún amigo fiel le proveía de alimento hasta que tuvo que ser internado en un hospicio en Viena hasta su muerte, ocurrida en 1865. Las parturientas siguieron muriendo cuarenta años más, hasta que Luis Pasteur viera y pudiera tocar los microbios que Semmelweis afirmó que existían. Sobre la pirámide de los cadáveres de las madres, la ciencia avanzó un poco más. Combatidos los microbios, los médicos tenían que inventar otros métodos de tortura y muerte para aplicar a las mujeres: la cirugía innecesaria, la manipulación de los óvulos, todo eso que ya se sabe, no sea cosa que las mujeres sean libres de las penurias del cuerpo, para eso los médicos vigilan, y matan impunemente.

El Informador

Público

Director: J. Iglesias Rouco

Editor responsable: Francisco Reboredo
Secretario general: Marcelo Mandiela (h)

Año 6 - Nº 298

Viernes 12 de junio de 1992